

PRESENTACIÓN DE FERNANDO SAVATER

Entrega del Premio Libertad por el Club Liberal de Málaga 1812

Rectorado de Málaga 7 de noviembre de 2019

Probablemente no haya en este mundo una abstracción más concreta que el tiempo. Sólo sabemos de él que fluye, por las innumerables marcas que nos permiten pautarlo, tanto las que va dejando en las cosas de alrededor como los grafitis que dibujan en nuestro cuerpo, por dentro y por fuera, a veces con una intensidad mayor que la de algunos feroces tatuajes con los que mucha gente hoy parece querer detenerlo en sus carnes.

Pero si de lo que se trata es de ubicarse a sí mismo en el tiempo que a uno le ha tocado vivir, hay otras formas más sosegadas de pautarlo que tatuarse, contemplarse en fotos antiguas, deprimirse mirándose al espejo o acudir al fisioterapeuta para arreglarte los dolores de espalda. Me refiero a la correspondencia de nuestras vidas con las de algunas personas, generalmente admirables, a las que nuestras anónimas biografías ya están indisolublemente ligadas, gente que le pone nombre, rostro y banda sonora al tramo de existencia humana que nos ha tocado vivir. A algunas de esas personas las hemos podido conocer, con otras probablemente no nos hayamos cruzado jamás, pero todas formarán siempre parte de la gran familia de nuestra contemporaneidad. Una de esas personas cuya obra perdurará en el tiempo de los que vengan pero, para nuestra ventura, ha dejado una memorable impronta en el tiempo de los que estamos es, sin duda alguna, Fernando Savater. Una forma de reconocernos y situarnos en el flujo sin principio ni fin del tiempo es, precisamente, pertenecer a la generación de Fernando Savater, al que esta tarde el Club Liberal de Málaga 1812, con todo merecimiento, le hace entrega del **Premio Libertad**.

La prerrogativa que me permite estar aquí hoy presentándole-cuya invitación agradezco muy de veras a Rafael O'Donnell y a Jesús Pérez Lanzac- es la de ser su amigo desde la mocedad en el campanudo colegio del Pilar de Madrid. En unos estremecedores ejercicios espirituales de aquellos tiempos y aquellas paredes nos recordaban que el papa Pío XII advertía que la humanidad se salvaba o condenaba en racimo. Pasados los años me quedé con algo certero de aquella truculenta exhortación papal: que no hay misantropía que consiga aislarnos completamente del resto de los mortales con los que, querámoslo o no, nos entrelazamos como racimos de cerezas. Somos en gran parte lo que otros han querido que seamos, porque han estado tan cerca de nosotros que hemos sentido la penetración en nuestras vidas de parte de las suyas. Sartre, en *Huis clos*, decía que el infierno son los otros, pero le faltó quizás un punto de humana perspicacia

para apreciar también la cantidad de vida que esos otros nos pueden dar; y ese el caso de Fernando Savater, quien alguna vez dijo: *“lo que me interesa no es si hay vida después de la muerte, sino que haya vida antes”*. Fruto de ese interés es el afán que Fernando ha puesto en ser **una auténtica despensa de vida** para los demás, en todo lo que ha hecho, en todo lo que ha escrito, desde su primera obra hasta la última en la que, aún salida desde el desgarramiento de la ausencia dice: *“nunca he querido escribir más que para reforzar el deseo de vivir de mis lectores; darles ánimo no para el arrogante triunfo sino para mantener la elegancia, el compañerismo y el humor en la inevitable derrota”*.

Como muchos de los que hoy estamos aquí, creo haber leído casi toda la obra de Fernando Savater, incluyendo su producción periodística salvo que algo se me haya escapado; todos sus libros están subrayados e irrespetuosamente garabateados con comentarios que, en cierto modo, los ligan estrechamente a mi biblioteca conjurando la tentación del préstamo. Y esos comentarios son como los apuntes que el alumno toma del profesor porque, al final, todo lo que Fernando hace es una pedagogía de la Ética concebida como la **disciplina** básica que sustenta el **Arte de Vivir**; porque Vivir no es sólo una contingencia biológica sino un **arte que se aprende**, que se perfecciona, y que se ejerce en **colectividad** en el ámbito de la “polis”, de **la ciudad** cuyos hijos, y a la vez sus constructores, son **los ciudadanos**; y son éstos los que, con sus actitudes y acciones cotidianas alimentan el sistema de convivencia que ellos mismos se otorgan, es decir, la **democracia**. Savater, que en su desbordante vitalismo nunca ha querido separar su condición de filósofo de la de escritor, activista (como aparece en Wikipedia), polemista, conferenciante y, sobre todo, la de profesor, siempre ha defendido el carácter esencialmente **ciudadano** de la **democracia** sobre el carácter gregario, evanescente, e irracional de **pueblo**. La democracia es un invento humano de prole reconocida, **la ciudadanía**, en cuyo perfeccionamiento juega un papel clave la **educación**, pues la cuestión no está, como él dice, *“en el mundo que hemos de dejar a nuestros hijos, sino los hijos que hemos de dejar para hacer frente al mundo”*; y ello porque *“nuestra capacidad de influir en el mundo es limitada, mientras que orientar la formación de nuestros hijos es algo que está más a nuestro alcance y que además entra en el campo de nuestras obligaciones”*

A partir de su primer libro, **“Nihilismo y acción”**, escrito en 1970 a la edad de 23 años, Fernando se lanzó a la producción frenética de una obra arrebatadora, porque en ella latía el desvelamiento firme y pausado de la razón, servido por una literatura impecable y esa jovialidad que sólo puede brotar de la camaradería. Textos sobre filosofía, sobre política, sobre la ética y la épica (sin olvidar la Hípica) que debe presidir la conducta

humana, dejando claro que no hay más Dios que el Hombre ni más taumaturgia que la que surge de su acción y del amplio margen que le da el ejercicio responsable de su libertad. Textos (ensayos, novelas, obras de teatro...) en los que el placer que sentíamos al leerlos era simétrico al placer que Fernando sentía al escribirlos. Fernando, aún cuando más serio se ponía, siempre escribía con humor, cuando no con una risa contagiosa. Nos transmitía la exaltación jubilosa de una épica juvenil, consiguiendo que nos metiéramos dentro de su “La infancia recuperada”, o identificarnos con los personajes de “Criaturas del aire”; o cuando en “La aventura del pensar” nos hacía leer la filosofía como una narración, cuyos héroes eran sus filósofos favoritos, desde Platón y Aristóteles a Heidegger y Foucault, pasando por Spinoza, Nietzsche, Schopenhauer, su amado amigo Emile Cioran, o Bertrand Russell, siempre Bertrand Russell...

Fueron momentos de intensa producción, entre los ochenta y los noventa. Fernando publicaba mucho y siempre esperábamos con avidez sus textos como si fueran un manual de instrucciones para afrontar las grandes preguntas de la vida, y las no menos grandes de la vida cotidiana. Nos arrastraba con la atracción de su prosa, su inteligencia y su lucidez, pero creo que el verdadero secreto de su seducción estaba en que **nos hacía parecer inteligentes**. No era, por tanto, la atracción de un líder de esos que se incuban en los seminarios de los partidos políticos ni en las escuelas de negocio empresariales; ni tampoco la de lo que un memo abducido por el mundo digital de hoy llamaría un “influencer”; ni tampoco un conductor espiritual o un encantador de serpientes. Con Fernando se sentía siempre la presencia sosegante y protectora del guía o del **compañero** que se ofrece a compartir con nosotros las zozobras del vivir. Ante cada cuestión política o moral que surgía cotidianamente en una sociedad que iba desarrollando SU recuperada democracia (entre no pocas tribulaciones), buscábamos afanosamente el amparo de su opinión, pero lo que encontrábamos en él era algo más que un dietario de certidumbres: era la **compañía** de alguien que nos invitaba a tener el valor de dudar, pero dejándonos claro que no estábamos solos en nuestras dudas.

Pero nunca la democracia recuperada ha sido una Arcadia feliz, pues desde los primeros momentos ha sufrido ataques feroces, internos y externos, que Savater ha combatido siempre en primera línea de fuego. El ataque interno ha sido la propia aluminosis del sistema. Muchos españoles que contribuyeron a traer la democracia creyeron que esta era la feliz culminación de algo y no el arduo principio de algo. Savater ya venía pregonando desde todas sus tribunas que la democracia había que alimentarla a diario desde las actitudes públicas y las privadas; que la democracia era un estado mental previo a la acción consecuente, algo que había que practicar también cuando nadie nos veía, mediante la activación

de los mecanismos de la responsabilidad individual. Irresponsablemente echamos a andar una democracia sin el sustento de una educación para mantenerla, sino todo lo contrario. El secuestro de la voluntad popular por la endogamia partidista y el clima de corrupción generalizada que ello generó provocaron el desafecto de la ciudadanía y el abandono fatalista de sus responsabilidades, lo que ha debilitado peligrosamente los cimientos del armazón democrático. Nada, absolutamente nada de lo que provenía de instituciones que debían ser pedagógicas y ejemplarizantes, como la Política y los medios de comunicación, contribuían a fomentar unos mínimos valores para el ejercicio de la responsabilidad y convivencia ciudadana. Fernando Savater, respondiendo precisamente a un encargo gubernamental, redactó una **Educación para la Ciudadanía** que era como la tabla de salvación en el naufragio, anulada por un ministro mínimo y la influencia de esa clerigonza reaccionaria de la que España parece no poder librarse. Me temo que ese monumental error va a dejar vendida nuestra conciencia colectiva en manos de corruptos y salvapatrias sin control. Por eso quizás no se haya tratado sólo de un error....

Y el ataque externo fueron los años de hierro del terrorismo etarra al que Fernando combatió, con escoltas, durante más de una década en primera línea de fuego. No quiero dedicar ni un párrafo a lo que Fernando ha vivido porque no encontraría las palabras adecuadas. Fernando, desde la plataforma que contribuyó a crear- “¡Basta ya!”, premio Sajarov del Parlamento Europeo en el 2000- desde sus insistentes escritos, conferencias y mítines en los que se jugaba la vida nos seguía produciendo esa placentera autoafirmación en nuestros principios cada vez que leíamos o escuchábamos sus invectivas contra la sinrazón terrorista y su urdimbre de complicidades. Pero esa complacencia no podía hacernos olvidar que era él el que estaba en el ring librando el combate y que a cualquier manifestación de apoyo y solidaridad por parte de sus adeptos desde la silla de pista podría respondernos que sí, que muy bien, gracias, pero que un poco menos de “nihilismo” y un poco más de “acción”.

Me consta que entre esos adeptos ha habido quienes han lamentado el tiempo, el riesgo y el esfuerzo que Fernando ha dedicado a esa lucha obsesiva contra aquella ignominia que ahora se prolonga de una manera delirante en una Cataluña emponzoñada, con el apoyo de una cierta izquierda en estado catatónico desde la caída del muro de Berlín. Lo lamentan porque piensan que ha sido un tiempo robado al inmenso placer de leerle en otros territorios literarios. Como se ve, no le faltan disfraces a la claudicación y a la cobardía. Pero Fernando tiene presente que, como dijo Adorno: “*después de Auschwitz escribir poesía es un acto de barbarie*”; y Ortega, en un escrito premonitorio de 1930: “*el mayor crimen está ahora, no en los que matan, sino en los que no matan pero dejan*”.

matar”. Estas frases aluden a que la Política, como insiste Fernando, es cosa de todos, todos somos políticos y si no ejercemos de tales es porque hemos largado nuestra responsabilidad como un lastre una vez metida la papeleta en una urna y tirado de la cadena.

Y termino. Efectivamente muchos de los que estamos aquí hemos seguido la vida de Fernando a través de sus obras. La línea medular de sus textos constituye el más robusto alegato en defensa de las razones para vivir la vida en plenitud desde una ética a-teológica, aunque esa vida pueda depararnos momentos de dolor abismal. Son textos que han discurrido desde lo libertario de la juventud a lo liberal de la madurez. Curiosamente son muchos más audaces y comprometidos con la crudeza de la realidad los textos liberales de hoy que los fogosos libertarios del principio. Tal vez el verdadero pensamiento de Fernando esté justamente en una síntesis de su propio discurso vital. Al fin y al cabo diríase que toda su vida ha estado yendo al encuentro de lo que, como un certero designio, figuraba en su ficha policial de 1969: “**Anarquista moderado**” lo que no sé si respondía a la afición del comisario por el oxímoron, o la confirmación de que, aún en el peor escenario, la policía no es tonta).

En cualquier caso, querido Fernando, en este premio Libertad que hoy te entrega el **club Liberal de Málaga 1812**, resuena con emoción la Constitución de las Cortes de nuestra querida Cádiz, cuando los españoles pasamos de ser súbditos a ciudadanos. Es un reconocimiento más a la larga lista de honores que jalonan tu biografía y que no sabemos dónde los puedes tener metidos en ese fabuloso mundo de objetos, recuerdos y monstruos entrañables que coexisten pacíficamente en tu casa. Pero has de saber que este premio, desde su modestia pero sin quitarle un ápice a su solemnidad, lleva un mensaje implícito: que junto a las miles de personas que te admiran en todo el mundo, hay también otras que te quieren, pero sin dar la lata; nos basta con que sepas que estamos ahí fuera, junto a tu puerta, pero ocultos y sin hacer ruido, velando tu soledad y respetando tu silencio.

Es una forma modesta, pero rabiosamente sincera, de mostrarte un afecto cuya intensidad es sólo comparable a nuestro agradecimiento por la cantidad de vida que nos has dado a lo largo de estos cincuenta años.

